

ESCRIBIR Y LEER PARA OTROS: FIGURAS DEL ANALFABETISMO EN EL TEXTO CERVANTINO*

Leonor Sierra Macarrón

*Para mi padre, por su apoyo incondicional.
Para Antonio Castillo, por su ayuda y sus enseñanzas.*

...written language became important in mediating social relationships, affecting the lives of many whether or not they were able to read or write. The use of literacy in society has never depended on the population at large being able to individually use written language, only on their ability to respond to it and to recognize its value, its use and its authority¹

I. INTRODUCCIÓN.

En 1615, año en que Miguel de Cervantes finalizó su prodigiosa obra *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, España era desde hacía tiempo lo que los historiadores han llamado un «estado moderno», caracterizado por la centralización de todo el poder político en la figura del rey.

En este tipo de estado se fue desarrollando un sistema burocrático, cada vez más complejo, que permitió a los monarcas gobernar con más efectividad en todos sus territorios y ejercer un férreo control sobre todos los súbditos. El elemento fundamental de este entramado administrativo era la escritura, en la que los gobernantes de la época descubrieron la herramienta más eficaz y perfecta para imponer, difundir y hacer valer su poder totalitario en toda la sociedad. De esta manera, el despacho del soberano se convirtió en la estancia desde la que se gobernaba todo el reino; en este lugar el rey redactaba y revisaba los documentos y coordinaba a todos los órganos administrativos encargados de expedir cualquier tipo de documentación relativa al reino. En consecuencia, la escritura era utilizada, y lo sigue siendo, como «un instrumento de poder y del poder».²

El ejemplo por excelencia de este tipo de gobierno es el de Felipe II, cuya corte estaba altamente burocratizada, ya que cualquier aspecto por insignificante que fuera referente al funcionamiento del reino quedaba registrado y revisado por la pluma del rey o de los profesionales de la escritura que estaban a su servicio: escribanos, secretarios, notarios, etc.³ Pero para que el gobierno y el control del reino, a través del dominio de la razón gráfica, se llevase a cabo con éxito, no bastaba con redactar en un papel hasta el más mínimo detalle de

lo que sucedía en el territorio hispánico, sino que también era necesario conservar lo que se había recogido por escrito. El rey daba muestras del control que ejercía sobre sus súbditos registrando todo por escrito, guardando todos los documentos expedidos por la administración real y los recibidos en ella y, lo que es más importante, decidiendo lo que se debía y no se debía conservar⁴. Con el objeto de preservar la producción documental, a finales del siglo xv ya se había creado el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, pero el acontecimiento más importante a este respecto fue la creación del Archivo de Simancas en el año 1540, bajo el reinado de Carlos v, que se encargará de mejorar y consolidar Felipe II. Tanto su afán por elaborar un registro escrito de cualquier acontecimiento, como su mentalidad de conservación de los textos, han hecho que Felipe II sea considerado como el «rey papelero». Tras su muerte en 1598, ocuparía el trono Felipe III, quien recibió un reino sumido en una profunda crisis económica. Sin embargo, este monarca solo estaba interesado en divertirse, de manera que concedió plenos poderes a un valido para que se hiciera cargo de los asuntos de gobierno, y en consecuencia de toda la burocracia en relación con el mismo. El primer valido de Felipe III fue el duque de Lerma, que tuvo este cargo hasta 1618, año en que fue sucedido por el duque de Uceda. A pesar de la crisis económica y de que el soberano no gobernaba, la escritura continuó siendo un elemento esencial para dirigir el estado, ya que este mantuvo su carácter centralizado.

La escritura era el medio que permitía ejercer el gobierno en todo el vasto territorio que aglutinaba el imperio español; con ella se podía hacer llegar las leyes a todos sus habitantes. El hecho de que cualquiera de estas leyes fuera puesta por escrito daba una gran estabilidad al aparato legal del estado, ya que su plasmación en el papel permitía evitar en gran medida la ambigüedad y fragilidad del derecho medieval, caracterizado durante la mayor parte de la Edad Media por su vinculación a la costumbre y a la tradición oral. Asimismo este registro escrito de las leyes las dotaba de más prestigio, validez y capacidad de atemorizar ante la población, que conocía los distintos principios legales, porque eran difundidos bien de forma impresa, bien mediante su publicación en voz alta⁵.

De esta manera, la escritura se convirtió en un elemento indispensable para los gobernantes del estado moderno. Sin embargo, este desarrollo y expansión de la razón gráfica no se dio solo en los órganos de gobierno, pues afectó a toda la sociedad de la época; nobles y plebeyos, letrados y analfabetos. Además, este fenómeno no quedó circunscrito a la actividad escrituraria, sino también al acto de leer, es decir a la cultura escrita en su conjunto.

Para constatar esta progresiva difusión y penetración de la escritura y la lectura en la población del Siglo de Oro, es necesario precisar que este fenómeno tuvo lugar principalmente en el ámbito urbano. Es posible que en el entorno rural se produjera cierto desarrollo de esa mentalidad escrituraria y lectora, pero muy escasamente si lo comparamos con la gran difusión que alcanzó en las ciudades.⁶ En ellas todos los grupos sociales, fueran alfabetos o iletrados, se vieron inmersos irremediabilmente en el proceso de adopción de la razón gráfica. En primer lugar, las ciudades ofrecían unas oportunidades educativas que en ningún caso se daban en el campo. En segundo, una atmósfera eminentemente comercial y mercantil envolvía a los núcleos urbanos de

manera que la escritura se hizo necesaria para muchos profesionales como los artesanos, comerciantes y mercaderes, ya que ésta les permitía mantener vivos sus negocios.

Esta circunstancia demuestra que la alfabetización ya no dependía tanto de la clase social a la que se perteneciera, y si un poco más del oficio que se desempeñase. Sin embargo, hay que tener muy en cuenta que el acceso a la cultura escrita estaba también en relación con el rango que se tuviera en un determinado oficio. Es decir, que los miembros de menor formación y categoría de un gremio eran prácticamente analfabetos, sino lo eran del todo, mientras que los maestros tenían una formación mucho más completa en materia de escritura y de lectura⁷. Pero esto no significa que los analfabetos fueran ignorantes o que no estuvieran en contacto con el mundo de la cultura escrita⁸.

El espacio gráfico donde principalmente ha quedado patente esta expansión de lo escrito entre las clases populares son los libros de cuentas de algunos de los profesionales anteriormente citados, que vieron la necesidad de registrar las ganancias, las deudas y la identidad de los acreedores y deudores. Este hecho motivó que aprendieran a escribir y crearan una memoria administrativa y contable. Con frecuencia, en estos libros no solo quedaban registrados los datos referentes al negocio, y en consecuencia al ámbito público, sino también a aspectos de la vida personal y familiar del dueño, por lo tanto de su privacidad. Así, estos textos se convierten también en auténticos libros de memoria como es el caso del *Diari de Frederic Despalau* (1572-1600) o el *Diari de Joan Guardia, pagés* (1631-1672)⁹.

Junto con los libros de cuentas y de memorias, la penetración de la mentalidad escrituraria en la sociedad moderna también se observa en la importancia que adquiere la carta, no solo como instrumento de gobierno, sino también como medio de comunicación interpersonal. Una muestra de esta situación es la constante aparición de manuales en los que se explica como se han de escribir las epístolas. Sin duda el ejemplo más significativo de estas guías de estilo epistolar es el famoso *Manual de escribientes* de Antonio Torquemada.¹⁰

Del mismo modo que se produce un claro desarrollo de la capacidad de escribir, se da también una expansión de la actividad lectora que afecta a todos los sectores de la sociedad. En primer lugar, este hecho ha sido comprobado a partir de diversos análisis realizados sobre la actividad editorial y el mercado del libro en época moderna. A partir de ellos se ha sabido que poco a poco el libro impreso dejó de ser un privilegio exclusivo de los nobles, y comenzó a estar al alcance de lectores pertenecientes a otros sectores de la sociedad. Estos continuaron siendo una minoría en relación con los lectores de las clases privilegiadas, pero eran un número considerable si lo comparamos con la cantidad de lectores modestos que había en épocas anteriores. Este hecho ha sido constatado en varios estudios monográficos de los últimos años, en los cuales se expone que la presencia del libro entre las clases populares, sobre todo entre los artesanos y comerciantes, era mucho más frecuente de lo que se había creído anteriormente. El historiador francés Roger Chartier expone, a partir de las investigaciones realizadas sobre los inventarios *post mortem* de miembros de las clases populares urbanas, que la presencia de libros en ellos es mayor de

lo que en un principio se podía haber supuesto. Así, se refiere a que en Valencia se ha constatado la anotación de libros en un 14% diferente de los inventarios de los artesanos textiles y en un 10% de los trabajadores manuales.¹¹

Junto a esta relativa expansión de la capacidad de leer en las clases populares, es inevitable que también se produjera un incremento de la lectura en las clases privilegiadas, ya que éstos tenían más medios para adquirir libros y textos. Tanto en el caso de la elite social como en el del pueblo llano el incremento del número de personas que leían hay que ponerlo en relación con el aumento de la afición a la lectura y en consecuencia con el desarrollo del negocio editorial.

Habiendo llegado a este punto es primordial señalar que no se puede distinguir a los lectores «populares» de los «eruditos» por el tipo de libros a los que tenían acceso, ya que tanto unos como otros pudieron acercarse a los mismos géneros literarios. La distinción entre los lectores de la clase popular y de los de la clase privilegiada debe hacerse teniendo en cuenta los diferentes usos y apropiaciones que cada uno de ellos hacía de los textos. Así, se ha comprobado que los lectores populares estuvieron en contacto por ejemplo, con el género del libro de caballerías, que no les había sido particularmente destinado¹². Por otro lado, los notables, en multitud de ocasiones gustaban de adquirir y de leer los pliegos sueltos o de cordel que en el siglo XVI se habían convertido en textos por el pueblo y para el pueblo¹³.

En consecuencia, es posible diferenciar entre un tipo de lectura erudita realizada por los individuos altamente letrados, por lo general pertenecientes a la elite social (nobles y eclesiásticos) y a los profesionales de prestigio (abogados, notarios, médicos, etc.), y otro tipo de lectura más sencilla y común, propia de los sectores inferiores de la pirámide social, cuya alfabetización era, en la mayoría de los casos, muy elemental. La lectura docta se caracterizaba por un ejercicio silencioso y solitario cuyo propósito principal era componer significados, centrándose exclusivamente en la conquista de nuevos conocimientos. Era por lo tanto intensiva¹⁴ y estaba caracterizada por la utilización de la voz, ya que en ella participa un lector oralizador que lee para una asamblea de auditores reunidos a su alrededor. Muchos textos de ficción del Siglo de Oro fueron difundidos de esta manera entre la población¹⁵; su lectura de viva voz permitía que los individuos analfabetos accedieran a los libros y textos. Pero que las clases populares recurrieran con más frecuencia a la lectura colectiva, no significa que ésta no se diera en los círculos más intelectuales, como es el caso de las academias del Siglo de Oro¹⁶.

En uno y otro caso, esta lectura realizada en comunidad está en relación con el ocio y la amistad, en definitiva con el desarrollo de la sociabilidad. Por último, esta lectura era el medio más eficaz para que los iletrados entrasen en contacto con lo escrito, gracias a la expresión oral. La oralidad servirá también para que estos iletrados puedan escribir mediante la ayuda de un intermediario alfabetizado.

De esta manera, creo que queda expuesto claramente cuál era el papel de la cultura escrita en la sociedad moderna, y más concretamente en la del Siglo de Oro. Los rasgos y características de esta sociedad quedaron perfectamente reflejados en la literatura de este tiempo. La cultura escrita se convirtió en un elemento protagonista de esta sociedad, por lo tanto, está presente en las obras

literarias de esta época. Este es el caso del *Quijote*, obra con la que Cervantes nos ha proporcionado un magnífico retrato de la sociedad del siglo xvii, de sus usos y sus costumbres, y en consecuencia de la presencia de la escritura y la lectura en ella. Son muchos los episodios de esta novela en los que se hace referencia al acto de escribir o de leer tanto a nivel letrado como iletrado. En esta ocasión me voy a ocupar de analizar cómo los analfabetos de esta obra (tal vez olvidados durante mucho tiempo), al igual que los de la sociedad del Siglo de Oro, accedieron al universo de lo escrito por medio de la oralidad.

II. ANALFABETOS Y CULTURA ESCRITA

II.1. Figuras de analfabetos

En el *Quijote* aparecen varios tipos de analfabetos; algunos de ellos lo hacen claramente descritos como tales, por sus mismas palabras, por las de otros personajes, o por alguna acción que realizan en contacto con la escritura o la lectura. Sin embargo, en el caso de otros individuos, no consta ninguna mención explícita que los defina nítidamente como iletrados, aunque podemos deducir que sí lo eran debido a su posición social, oficio, al lenguaje que utilizan, etc.

Entre los iletrados «declarados» encontramos a Sancho Panza, su mujer Teresa Panza y un grupo de cabreros (I, caps. XI-XIV). Entre los analfabetos supuestos, más numerosos que los anteriores, están los arrieros (I, cap. III), las mozas del partido (I, cap. II), un grupo de labradores (II, cap. XIX), Maritornes (I, caps. XXXII-XXXVII), la mujer del ventero Juan Palomeque (I, caps. XXXII-XXXVII), etc. Acerca de estos personajes solo es posible elaborar diversas hipótesis; pero en ningún caso se puede afirmar categóricamente que fueran analfabetos, ya que en el texto del *Quijote* no encontramos palabras o hechos que directamente así lo atestigüen. Por lo tanto, solo analizaré la relación que mantienen con la cultura escrita los analfabetos «declarados», de los que sabemos sin género de dudas que sí lo eran.

Sancho Panza es el analfabeto por excelencia. En primer lugar, es un labrador que vive en el ámbito rural. En consecuencia, además de su origen humilde, el hecho de vivir en el campo le limita aún más las escasas oportunidades que podría haber tenido de acceder a un nivel básico de alfabetización. En la figura de Sancho se comprueba que el fenómeno de expansión de la cultura escrita, que tuvo lugar en la Edad Moderna, se produjo fundamentalmente en las ciudades.¹⁷ Desde el primer momento el escudero es descrito como un iletrado. Cervantes comienza diciendo de él lo siguiente: «En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador, un hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera...»¹⁸. Además, Sancho Panza declara abiertamente que no sabe ni leer ni escribir, cuando su señor en el capítulo x de la primera parte le pregunta si ha leído algo sobre algún caballero más valeroso que él, a lo que Sancho contesta: «La verdad sea —respondió Sancho— que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir...»¹⁹ El escudero alude con frecuencia a su escasa formación intelectual, por ejemplo en el capítulo XIX de la segunda parte cuando le dice a su señor: «No se apunte vuestra merced conmigo —respondió

Sancho— pues sabe que me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido o quito alguna letra a mis vocablos».²⁰ Sancho se considera a sí mismo como un individuo nada inteligente y completamente falto de conocimientos, de manera que en el capítulo xxviii de la segunda parte llega a decir: «Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta mas que la cola...».²¹

Sin embargo, Sancho Panza es un ignorante en la medida que no tiene conocimientos cultos o eruditos, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta la sabiduría popular que lleva consigo. Es un gran conocedor de dichos y refranes que enuncia con mucha frecuencia a lo largo de toda la obra: «Bien predica quien bien vive —respondió Sancho— y yo no sé otras teologías»²². Asimismo, el escudero conoce cuentos y relatos populares que cuenta en alguna que otra ocasión, como aquella del capítulo xx de la primera parte en la que, don Quijote le pide a Sancho que le cuente algún cuento para entretenerle, y éste inicia un relato que había oído contar: «Pero con todo esto, yo me esforzare en decir una historia, que si la acierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias»²³. Tanto en el caso de los refranes como en el de los cuentos, ambos pertenecientes al folclore y a la tradición popular, Sancho sabe de ellos porque se los ha escuchado a otras personas, es decir, a través de la transmisión oral. De esta forma, se puede decir que el escudero de don Quijote «procede del refranero y del folclore».²⁴

La segunda figura de un iletrado, descrita como tal en la obra, es Teresa Panza. La esposa de Sancho también se define a sí misma como una analfabeta, por ejemplo cuando recurre, en el capítulo L de la segunda parte, a un paje del marqués para que le lea la carta que ha recibido de su marido: «léamelo vuesa merced, señor gentilhombre —Dijo Teresa—; porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja».²⁵ En el caso del acto de escribir, para poder responder a las cartas enviadas por su esposo y la duquesa, acude a un monaguillo para que se las redacte: «... y así dio un bollo y dos huevos a un monaguillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas una para su marido y otra para la Duquesa...»²⁶

Por último, entre los analfabetos «declarados» nos encontramos con un grupo de cabreros, con los que don Quijote y su escudero se topan en una de sus múltiples aventuras. Después de comer juntos, uno de los cabreros les invita a escuchar cómo recita uno de ellos: «... que hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir...»²⁷ De esta frase se deduce que el resto de los cabreros no eran capaces de leer y escribir, ya que admiran mucho al compañero que sí sabe. En esta situación se comprueba, que sí hubo cierto aumento de la capacidad de leer y escribir entre las clases populares, aunque siguió siendo mínima en comparación con lo que sucedió en la elite social. Además, me parece significativo señalar que el caso del cabrero puede ser una muestra de las escasas veces en las que una persona humilde y del campo había podido aprender a leer y escribir.

Una vez que han sido señalados cuales son los analfabetos que de forma manifiesta aparecen en la obra, corresponde analizar las estrategias que utilizan éstos para contactar con el mundo de lo escrito. Para ello es fundamental tener en cuenta la relación que estos entablan con la transmisión oral.

II.2. *Escribir por medio de otros*

Tanto en la Edad Moderna como en la actualidad aquellos que no saben leer y escribir, los analfabetos, también necesitan, al igual que los letrados, hacer uso de la escritura, ya que pertenecen a unas sociedades cada vez más complejas, donde la razón gráfica es un elemento fundamental, tanto a nivel burocrático como a nivel socio cultural. Los iletrados también necesitan de lo escrito para desenvolverse y relacionarse en este tipo de sociedades, por lo que ante esta necesidad recurren a otros individuos alfabetizados para que escriban por ellos. Este fenómeno ha sido definido por Armando Petrucci como «delegación de la escritura». Hasta finales del siglo xvii el intermediario o «alfabetizado delegado», generalmente, no es un profesional de la pluma (un notario, un maestro, un eclesiástico, etc.), sino un individuo que pertenece al mismo círculo y la misma cultura del que solicita sus servicios (un pariente, un vecino, un compañero de trabajo)²⁸.

La relación entre el analfabeto que necesita de la utilidad de la escritura y el intermediario que le va a facilitar el acceso a la misma, se establece a través de la expresión oral. En consecuencia, los iletrados del *Quijote* cuando necesitan realizar algún escrito recurren a otros individuos para que se los redacten. En esta novela este tipo de situación se da principalmente en relación con la escritura de cartas, género que en la Edad Moderna alcanzó una gran importancia, tanto a nivel político como familiar²⁹. De esta forma, Sancho Panza se ve en la necesidad de escribir dos cartas tras ser nombrado gobernador de la ínsula Barataria, una para su esposa y otra para su señor don Quijote, es respuesta de la que éste le envió. Para poder escribir ambas misivas recurre a un intermediario. Sancho es el autor de las dos epístolas, ya que él las compone mentalmente y se las dice de viva voz, mediante dictado al «mediador alfabetizado:

—¿Y quién la notó? —preguntó la duquesa.

—¿Quién lo había de notar sino yo, pecador de mí? —respondió Sancho.

—¿Y escribístela vos? —dijo la duquesa.

—Ni por pienso —respondió Sancho— porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar.³⁰

El contenido de esta cita se refiere a la carta que el gobernador de Barataria recibe de su esposa, Teresa Panza. En este caso no se especifica a qué intermediario acude Sancho Panza para registrarla por escrito, aunque es posible deducir que fuera su secretario. Cuando Sancho ordena escribir la otra carta, la dirigida a don Quijote, sí se expresa claramente que recurre al secretario: «Oyó Sancho la carta con mucha atención... y llamando al secretario se encerró con él en la estancia, y sin dilatarlo más quiso responder luego a su señor don Quijote, y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese...».³¹

La mujer del escudero, Teresa Panza, también tiene la necesidad de escribir. Al igual que su marido, los textos que quiere poner por escrito son cartas, demostrándose una vez más, la importancia que el género epistolar alcanzó en época moderna. Teresa recibe dos: una de la duquesa, como parte de la burla que ésta y su esposo le habían organizado a Sancho Panza; y la otra de este último, en la que le cuenta su vida como gobernador. Teresa, admirada

y seducida por la sencillez con la que la duquesa escribe la carta, y sorprendida por lo que le cuenta de su esposo, se dispone a contestarla; pero para esto necesita la ayuda de un «alfabetizado delegado» que le escriba una misiva a partir de las palabras que ella le dicte en voz alta. La esposa de Sancho decide acudir a un monaguillo al que paga por sus servicios: «...y así dio un bollo y dos huevos a un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas una para su marido y otra para la duquesa, notador de su mismo caletre...»³²

En el caso de las cartas escritas por Teresa Panza, mediante la colaboración de un intermediario letrado, nos encontramos ante una comunicación de tipo familiar, cuando escribe a su marido, y otra de tipo amistoso cuando le envía la carta a la duquesa. De la correspondencia que mantiene con la duquesa hay que destacar que se produce entre dos mujeres. En líneas generales, la cultura dominante no admitía que el sexo femenino entrase en contacto con la cultura escrita. Sin embargo, se ha constatado un avance de la escritura de mujeres durante los siglos *xvi* y *xvii*, alterando en cierta medida el orden establecido, completamente patriarcal. De esta manera, mediante las cartas y sus escritos las mujeres pudieron, poco a poco, hacer uso de la escritura como una forma de autoridad y mediación femenina.³³

Para concluir con el uso que Teresa Panza hace de la escritura, debo mencionar que en este caso la persona analfabeta sí acude a un mediador que pertenece a su mismo entorno, no como hace su marido. Además, rechaza la ayuda que para ese menester le ofrece el bachiller Sansón Carrasco porque desconfía de él. En consecuencia se lo pide a un monaguillo, tal vez porque éste está más próximo a ella socialmente, y por esto le inspira más confianza: «El bachiller se ofreció de escribir las cartas a Teresa, de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y así dio un bollo y dos huevos a un monacillo que sabía escribir...»³⁴

II.3. *Leer por medio de otros*

Tal y como sucede con la escritura, la lectura no es una actividad cerrada a los analfabetos, ya que éstos también pueden acceder a ella con la ayuda de un mediador letrado. De esta forma, este último lee en voz alta directamente de un texto, que tiene frente a él, recita de memoria algo que ha leído en el pasado o incluso ha escuchado leer, recitar o decir a otras personas. En consecuencia, la penetración de la actividad lectora entre los grupos iletrados está vinculada, al igual que en el caso de la escritura, a la expresión oral.

Asimismo hay que tener en cuenta que tanto los alfabetos como los analfabetos, durante la Edad Moderna, eran considerados como lectores, ya que este concepto no era entendido tal y como lo hacemos hoy día. En la sociedad de los siglos *xvi* y *xvii* se llamaba lectores a los que eran capaces de interpretar un texto por sí mismos, pero también a aquellos que escuchaban cómo otros individuos leían en voz alta. Estos lectores, que accedían de forma indirecta a la lectura, por medio de la comunicación oral. Han sido denominados por Margit Frenk como oidores.³⁵

En consecuencia, hay que considerar que se trata de un tipo de lectura en la que intervienen al menos dos personas, siendo considerada como una forma de leer colectiva en el momento en que participa en ella un grupo de individuos. El intermediario oralizador puede estar leyendo directamente de un texto,

recitando de memoria, o simplemente narrando algo que leyó en otro momento o que, a su vez, oyó contar a otro individuo. Si el mediador está interpretando directamente un texto o cuenta alguna historia que leyó con anterioridad, lógicamente, es una persona letrada. Sin embargo, cuando declama de memoria o relata algún suceso que ha escuchado contar a otros, el intermediario puede estar alfabetizado como ser iletrado. Era habitual que personas de origen humilde, que no sabían ni leer ni escribir, contaran o recitaran historias que conocían por la tradición oral.

Este tipo de lectura en comunidad era una práctica frecuente en las sociedades del Antiguo Régimen. A partir de ella se desarrollan los lazos sociales, ya que un grupo de personas se reúnen en torno a un libro, un texto o una leyenda recitada para compartir el acceso a los mismos³⁶. A su vez, son numerosos los géneros literarios que intervienen en la lectura colectiva del Siglo de Oro, ya que cualquier texto podía ser leído en voz alta. De hecho, muchos autores de este periodo escribían «anticipando una posible y pronta conversión de sus letras en sonido»³⁷. En las lecturas de carácter público y dirigidas a un sector amplio de la sociedad, ricos o pobres, cultos o analfabetos, se leen todo tipo de obras, siempre que fueran entretenidas y tuvieran interés para el público. Entre los géneros oralizados están los famosos libros de caballerías, la poesía lírica, las crónicas y relatos de viajes, las novelas cortas y los cuentos, los romances nuevos y letrillas medio populares y, por supuesto, los textos religiosos (libros de devoción o vidas de santos)³⁸. A estas lecturas que se realizaban públicamente y de viva voz acudían todas las clases sociales, pero son los menos privilegiados quienes sacan más partido de ellas, ya que durante mucho tiempo no habían tenido acceso a estas obras.

Para que todos los sectores de la sociedad participaran de esta lectura en comunidad, el texto tenía que resultarles atractivo y, además, el intermediario tenía que ser un buen lector; para ello no bastaba con saber pronunciar correctamente y saber leer con cierta soltura, ya que otros aspectos como la mirada y el gesto eran tan importantes como el manejo del verbo. Debía saber cuándo y cómo hacer las pausas en su ejercicio de lectura para mantener despierta la expectativa del público³⁹.

Por último, respecto a la lectura colectiva, que supone el principal medio que tienen los iletrados para «poder leer», hay que señalar que se produce sobre todo en los ámbitos urbanos. Esto es debido a que, como ya he mencionado antes, el fenómeno de expansión y penetración de la cultura escrita se produjo sobre todo en las urbes. La lectura colectiva tenía lugar, por ejemplo en la plaza pública, pero también en otros lugares eminentemente urbanos, fruto de la economía y las actividades de la ciudad. Este es el caso de las casas y locales de los artesanos, mercaderes o comerciantes, donde se leían de forma colectiva libros y textos a las familias y a los trabajadores, respectivamente⁴⁰.

Pero que la lectura colectiva predominara en las urbes, no quiere decir que no existiera en el campo. Esto es lo que sucede en el *Quijote*, donde Cervantes se olvida casi por completo de las ciudades y se centra en el ámbito rural. Don Quijote nunca llega a pasar por ninguna ciudad; se aparta de Toledo, no llega a Zaragoza, y no se adentra verdaderamente en Barcelona⁴¹. A lo largo de la novela son numerosos los episodios en los que aparece representada la lectura colectiva y en voz alta. Ésta, generalmente, se haya vinculada a los

momentos de diversión campesina, entre los que encontramos la narración oral de leyendas y cuentos⁴², realizada por los propios campesinos, como por ejemplo cuando un cabrero, en el capítulo XI de la primera parte, le cuenta a don Quijote la historia de una pastora llamada Marcela que había destrozado el corazón a un pastor estudiante llamado Grisóstomo. Otro tipo de entretenimiento en el medio rural eran los espectáculos de los titiriteros que, de vez en cuando, llegaban a las aldeas donde recitaban y escenificaban los romances más conocidos en toda Castilla⁴³. En la novela Cervantes, en los capítulos xxv y xxvi de la segunda parte, cuenta cómo un titiritero, llamado Maese Pedro, deleita a todos los presentes con sus habilidades adivinatorias y la recitación de la historia de don Gaiferos.

—Éste es un famoso titiritero que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vio entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan y luego salta sobre los hombros de su amo, y, llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan...⁴⁴

El romance fue uno de los géneros que alcanzó mayor difusión entre los lectores (visuales y auditivos) del Siglo de Oro. Se recuperó el romancero viejo y también se compusieron otros nuevos, convirtiéndose en uno de los géneros más leído en todo el conjunto de la sociedad. Esto fue debido, en parte, a la estrategia editorial por la cual eran impresos en un formato más económico y fácil de manejar, los pliegos sueltos, que permitieron una rápida difusión de este género.⁴⁵

Los analfabetos declarados del *Quijote* (Sancho Panza, Teresa Panza y los cabreros) se encuentran inmersos en varias ocasiones en momentos de lectura colectiva y mediada. Estos iletrados, junto con otros «supuestos», acceden a la lectura de diferentes textos gracias a la participación de un intermediario, en el caso de esta novela casi siempre letrado, quien les lee el texto de viva voz. Los que no saben leer solicitan ayuda a este lector oralizador, unas veces porque necesitan conocer lo que pone en un texto determinado, y otras simplemente por el placer de escuchar cuentos, relatos e historias interesantes.

Sancho Panza necesita en cuatro ocasiones la ayuda de un mediador para que le lea lo que está escrito. En las cuatro situaciones los textos en cuestión son cartas, lo que de nuevo demuestra la importancia de las epístolas en la Edad Moderna. Las dos primeras tienen lugar cuando don Quijote y su escudero se encuentran vagando por Sierra Morena; aquí don Quijote encuentra una maleta, en cuyo interior hay un librito de memoria. En este librito de memoria don Quijote encuentra entre otras cosas una carta de amor, que Sancho Panza le pide que le lea, ya que él no sabía: «...y leyéndola en alto, como Sancho se lo había rogado vio que decía de esta manera; ...».⁴⁶ Después, don Quijote decide escribir, en el espacio gráfico de este librito, una carta de amor a Dulcinea del Toboso que debía llevarle su escudero. Pero, el fiel servidor tiene miedo de perderla y le pide a su amo que se la lea para aprenderse de memoria y poder recitársela a su amada: «Escribala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro y démele que yo le llevaré bien guardado:

porque pensar que yo lo he de tomar en la memoria es disparate... dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oílla...»⁴⁷

La tercera carta que le han de leer a Sancho Panza es la que recibe del duque, cuando el escudero ya es gobernador de la ínsula. El lector oralizador que en esta ocasión lee la epístola a Sancho es su secretario, es decir, un profesional de la escritura, en este caso es propio del entramado burocrático que se creó en los estados modernos para gobernar. No es, por lo tanto, un letrado que pertenece al mismo círculo social de Sancho Panza, porque en este caso el escudero se encuentra en la posición de un gobernante: «Hízolo así el recién salido secretario y habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle a solas».⁴⁸ La última y cuarta misiva, para la que Sancho tiene que buscar de nuevo un lector, es la que le envía su señor, don Quijote: «Mando Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta...»⁴⁹ En este último ejemplo se observa el interés que tiene Sancho por mantener en secreto aquello que no se puede hacer público, como si se tratara de un gran secreto de estado.

Otro de los géneros literarios a los que tiene acceso Sancho Panza, a través de la lectura en voz alta, es el de los libros de caballerías, presente constantemente en toda la novela. Sin embargo, Sancho no entra en contacto con estos textos porque se los lean directamente, sino porque se los cuentan. El lector oralizador que siempre narra al escudero lo que ocurre en los libros de caballerías es don Quijote. Este menciona y cuenta una y otra vez pasajes y anécdotas de diferentes libros de caballerías que ha leído en el pasado. Así habla con mucha frecuencia de Amadís de Gaula, por el que siente una especial debilidad: «...porque el poderoso Amadís de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalous el encantador, de quien se tiene por averiguado...»⁵⁰ Don Quijote cuenta también las hazañas de otros caballeros medievales como Roldán: «Si Roldán fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen...»⁵¹ o Diego Pérez de Vargas: «Yo me acuerdo haber leído que un caballero español Diego Pérez de Vargas habiendo roto su espada...»⁵²

La novela es otro de los géneros literarios que Sancho Panza conoce gracias a la lectura en voz alta. Esto sucede, por ejemplo, cuando el cura lee la novela del *Curioso impertinente* a todas las personas que se han congregado en la venta de Juan Palomeque:

Mientras los dos esto decían había tomado Cardenio la novela y comenzado a leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

—Si leyera —dijo el cura—, si no fuera mejor gastar el tiempo en dormir que en leer.

—Harto reposo será para mí —dijo Dorotea— entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razón.

—Pues, desamano —dijo el cura— quiero leerla, por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna de gusto.⁵³

Se trata, por lo tanto, de una lectura en comunidad, en la que participan letrados, semiletrados y analfabetos. Independientemente de su grado de formación académica, todos estos oidores se reúnen con el mismo propósito, disfrutar el texto de forma conjunta⁵⁴. Pero, este tipo de lectura no solo se realiza teniendo un libro o un papel entre las manos, sino también realizando ejercicios

de memoria. Esto sucede cuando don Quijote y Sancho, acompañados por el cura, se encuentran con un cabrero, y éste les narra un cuento: «General gusto causó el cuento del cabrero a todos los que escuchado le habían».⁵⁵ De esta manera, el cuento es otro de los géneros literarios a los que Sancho tiene acceso mediante el uso de la voz. Además, este género está estrechamente ligado a la tradición popular y a la transmisión oral y, en consecuencia, es más familiar y cercano para el escudero.

Por último, Sancho conoce, gracias a la comunicación oral, la poesía lírica. Este género comenzó a desarrollarse en los ambientes aristocráticos, pero, poco a poco, llegó a otros sectores de la población española, entre los que se declamaban y cantaban todo tipo de poesías: lírica de cancionero, villancicos y romances folclóricos y semipopulares. De hecho, la poesía lírica era transmitida fundamentalmente mediante la recitación pública.⁵⁶ Así, en el capítulo XI de la primera parte, don Quijote y Sancho Panza se encuentran con un grupo de cabreros, entre los que hay uno, llamado Antonio, que sabe recitar y cantar:

De esta manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Himosle dicho tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío...⁵⁷

Al igual que su esposo, Teresa Panza también necesita de la figura de un intermediario para «poder leer», pero en este caso Cervantes no nos proporciona tantos ejemplos como hace con Sancho. Teresa tiene la necesidad de leer la carta que le envía la duquesa, de manera que le pide al paje que se la lea en voz alta: «—Leámela vuesa merced, señor gentilhombre —dijo Teresa—, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja».⁵⁸ En consecuencia, Cervantes nos informa de que la mujer de Sancho Panza solo tiene acceso al género epistolar.

IV. CONCLUSIÓN

A lo largo de la Edad Moderna se produjo un considerable desarrollo de las prácticas de la escritura y de la lectura. Ambas actividades dejaron de ser de uso exclusivo de las clases privilegiadas, y llegaron a otros sectores de la sociedad. Entre éstos destacan los comerciantes, mercaderes y artesanos, que necesitaban saber cómo se lee y se escribe para desarrollar sus profesiones con el éxito que exigía la economía de la época. Esta implantación de la razón gráfica en el conjunto de la sociedad moderna también se observa en la importancia que adquirió la carta como medio de comunicación interpersonal. Asimismo, el libro impreso dejó de ser, poco a poco, un artículo de lujo, solo al alcance de la elite social, y se convirtió en un objeto que podía ser adquirido por otros sectores menos privilegiados de la sociedad.

Si bien es cierto que aumentó la capacidad de leer y escribir entre la población de la época, también lo es que la gran masa social continuó siendo analfabeta. Pero que existiera un gran número de iletrados, no significa que éstos no estuvieran en contacto con lo escrito. Los analfabetos «podían leer y escribir» mediante la colaboración de un intermediario que leía y escribía por ellos. En el

Quijote, donde Cervantes retrata magníficamente a la sociedad de su tiempo, son numerosos los episodios en los que los analfabetos acceden tanto a la escritura como a la lectura. Sin duda los ejemplos más significativos son los protagonizados por Sancho Panza, el analfabeto por excelencia, quien conoce varios géneros literarios gracias a la lectura en voz alta. Sin duda esto demuestra que la razón gráfica estaba presente en todos los miembros de la sociedad del Siglo de Oro, independientemente de que pudieran o no pudieran leer y escribir.

NOTAS

* Este trabajo se inscribe dentro del proyecto de investigación *La cultura de lo escrito durante la Edad Moderna: discursos y representaciones*, del que es responsable Antonio Castillo Gómez, financiado por el Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Alcalá (H0003/2000).

¹ Judy KALMAN, *Writing on the Plaza. Mediated Literacy Practices Among Scribes and Clients in México City*. Cresskill, New Jersey. Hampton Press, INC, 1999, p. 9.

² Antonio CASTILLO GÓMEZ, «La fortuna de lo escrito: Funciones y espacios de la razón gráfica (siglos xv-xvii)» en *Bulletine Hispanique*, t. 100, 1998, nº 2, p.368.

³ Fernando BOUZA, *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Akal, Madrid, 1998, pp. 29-30.

⁴ *Ibidem*, pp. 29-30.

⁵ Antonio CASTILLO GÓMEZ, «La fortuna de lo escrito: Funciones y espacios de la razón gráfica (siglos xv-xvii)», pp. 366-367.

⁶ James AMELANG, «Formas de escritura popular: las autobiografías de artesanos» en Antonio CASTILLO GÓMEZ (compilador), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, p.130.

⁷ *Ibidem*, p.135.

⁸ José Manuel PRIETO BERNABÉ, «Prácticas de la lectura erudita en los siglos xvi y xvii» en Antonio CASTILLO GÓMEZ (compilador) *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, p.319.

⁹ Antonio CASTILLO GÓMEZ, «La fortuna de lo escrito: Funciones y espacios de la razón gráfica (siglos xv-xvii)», p.349-351.

¹⁰ Francisco M. GIMENO BLAY, «... missivas, mensajeras, familiares... Instrumentos de comunicación y de gobierno en la España del 500» en Antonio CASTILLO GÓMEZ (compilador) *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, p. 193.

¹¹ Roger CHARTIER, «Del libro a la lectura. Lectores «populares» en el Renacimiento» en *Bulletine Hispanique*, t. 99, 1997, nº 1, Bordeaux, p. 310.

¹² Roger CHARTIER, «Lecturas y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica» en Guglielmo CAVALLO y Roger CHARTIER (directores) *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, p.418

¹³ Mari Cruz GARCÍA DE ENTERRÍA, «¿Lecturas populares en tiempo de Cervantes?» en Antonio CASTILLO GÓMEZ (compilador) *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 349-350.

¹⁴ José Manuel, PRIETO BERNABÉ «Prácticas de la lectura erudita en los siglos xvi y xvii» en Antonio CASTILLO GÓMEZ (compilador) *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 317-318 y 323.

¹⁵ Roger CHARTIER, «Ocio y sociabilidad: la lectura en voz alta en la Europa Moderna» en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, p.123.

¹⁶ Aurora EGIDO, «Literatura efímera: oralidad y escritura en los certámenes y academias del Siglo de Oro» en *Edad de Oro*, 1988, Madrid, p.73.

¹⁷ Antonio VIÑAO FRAGO, «Alfabetización y primeras letras (siglos xvi-xvii)» en Antonio CASTILLO GÓMEZ (compilador) *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, pp. 43-44.

¹⁸ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, (Biblioteca Clásica, 50), I, cap. vii, p. 91.

¹⁹ *Ibidem*, I, cap. x, p. 114.

- ²⁰ *Ibidem*, II, cap. XIX, p. 786.
- ²¹ *Ibidem*, II, cap. XXVIII, p. 867.
- ²² *Ibidem*, II, cap. XX, p. 800.
- ²³ *Ibidem*, I, cap. XX, p. 212.
- ²⁴ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, volumen complementario, p.32.
- ²⁵ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, II, cap. L, p. 1038.
- ²⁶ *Ibidem*, II, cap. L, p. 1038.
- ²⁷ *Ibidem*, I, cap. XI, p. 120.
- ²⁸ Armando PETRUCCI, *Alfabetismo, escritura y sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 105-106.
- ²⁹ Antonio CASTILLO GÓMEZ, «Hablen cartas y callen barbas». Escritura y sociedad en el Siglo de Oro» en *Historiar*, 2000, nº 4, p. 117.
- ³⁰ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, II, cap. XXXVI, p. 931.
- ³¹ *Ibidem*, II, cap. LI, p. 1050.
- ³² Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de La Mancha*, II, cap. L, p. 1038.
- ³³ Antonio CASTILLO GÓMEZ, «La fortuna de lo escrito: Funciones y espacios de la razón gráfica (siglos xv-xvii)», pp.359-362.
- ³⁴ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, II, cap. L, p. 1038.
- ³⁵ Margit FRENK, *Entre la voz y el silencio: La lectura en tiempos de Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997, pp. 41-43.
- ³⁶ Roger CHARTIER, «Ocio y sociabilidad: la lectura en voz alta en la Europa moderna», p. 125.
- ³⁷ Margit FRENK, *Entre la voz y el silencio: La lectura en tiempos de Cervantes*, p. 23.
- ³⁸ *Ibidem*, pp. 26-33. Sobre esto puede verse también Antonio CASTILLO GÓMEZ, *Leer en comunidad. Libro y espiritualidad en los siglos XVI y XVII*, conferencia pronunciada en el «Centro Inter-Universitário de História da Espiritualidade» de la Universidad de Oporto, 7 de enero del 2000. Se publicará, corregida y ampliada, en el número 7 (2000) de la revista *Via Spiritus*.
- ³⁹ Michel MONER, «Técnicas del arte verbal y oralidad residual en los textos cervantinos» en *Edad de Oro*, 7, 1988, pp. 121-123.
- ⁴⁰ Roger CHARTIER, «Estrategias editoriales y lecturas populares, 1530-1660» en *Libros, lecturas y lectores en época moderna*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 100-101.
- ⁴¹ Augustin REDONDO, «Acercamiento al *Quijote* desde una perspectiva histórico-social» en *Otra manera de leer «El Quijote»*, Madrid, Castalia, 1997, p. 64.
- ⁴² *Ibidem*, p. 73.
- ⁴³ *Ibidem*, p. 74.
- ⁴⁴ Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de La Mancha*, p.
- ⁴⁵ Victor INFANTES, «Los pliegos sueltos del Siglo de Oro: hacia la historia de una poética editorial» en Roger CHARTIER y Hans-Jürgen LÜSEBRINK (directores) *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe XVI-XIX siècles*, Paris, IMEC Éditions— Éditions de la Maison des Sciences de L'homme, 1996, pp. 287-290.
- ⁴⁶ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, I, cap. XXV, p. 254.
- ⁴⁷ *Ibidem*, I, cap. X, p. 286.
- ⁴⁸ *Ibidem*, II, cap. XLVII, p. 1008.
- ⁴⁹ *Ibidem*, II, cap. LI, p. 1048.
- ⁵⁰ *Ibidem*, I, cap. XV, p. 63.
- ⁵¹ *Ibidem*, I, cap. XXVI, p. 290.
- ⁵² *Ibidem*, I, cap. VIII, p. 97.
- ⁵³ *Ibidem*, I, cap. XXII, p. 375.
- ⁵⁴ Margit FRENK, *Entre la voz y el silencio: La lectura en tiempos de Cervantes*, p. 25.
- ⁵⁵ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, I, cap. LII, p. 582.
- ⁵⁶ Margit FRENK, *Entre la voz y el silencio: La lectura en tiempos de Cervantes*, pp. 30-31.
- ⁵⁷ Miguel de CERVANTES, *don Quijote de La Mancha*, I, cap. XI, p. 124.
- ⁵⁸ *Ibidem*, II, cap. L, p. 1038.